

UNA CARTA DESCONOCIDA DE PABLO NERUDA

Juan Loveluck
University of
South Carolina

La carta inédita de Pablo Neruda que damos a conocer, en el año en que se recuerdan los sesenta de la aparición de *Crepusculario* y un decenio de la muerte de su autor, tiene especialísimo interés porque cubre un periodo intenso y mutante de su vida.

Tras su regreso de la "temporada en los infiernos" que fue la estancia en Oriente (1927-1932), Neruda se reinstaló en Chile cautivo de una situación económica que, por lo menos, podemos designar como drámatica. Por unos meses llevó una tediosa vida burocrática, cuyo hastío y vaciedad expresa bien un poema escrito en esos días y más tarde incorporado a *Residencia en la tierra*: "Desespediente". Poco después, en agosto de 1933, salió con un mínimo cargo consular, para servir bajo las órdenes de don Sócrates Aguirre, padre de Margarita Aguirre, a quien tanto se debe en las investigaciones sobre la vida y la obra de Neruda. El poeta vivió unos meses en Buenos Aires; hizo allí excelentes amigos que le durarían: Norah Lange, Conrado Nalé Roxlo, Pablo Rojas Paz y su esposa, "la Rubia" (Sara Tornú), Oliverio Girondo, Amado Villar, Raúl González Tuñón y otros. Vio a menudo a la escritora chilena María Luisa Bombal que en 1935 iba a publicar un libro de veras renovador en el terreno de la nueva ficción del Continente: *La amortajada*. Tal vez el hecho sobresaliente de los días de Buenos Aires fue el conocimiento de Federico García Lorca, en casa de los Rojas Paz, el 13 de octubre de 1933. Amistad humana y literaria que iba a ser, acaso, la más importante de esos años, hasta su corte trágico por el asesinato del poeta, a manos de los fascistas de Granada, en agosto de 1936.

La estancia de Neruda en Buenos Aires fue breve. De la capital rioplatense pasó —con parecidos destinos consulares— a Barcelona, donde llegó en Mayo de 1934. Poco después logró permutar el cargo barcelonés por el que tenía en Madrid Gabriela Mistral, la errante autora de *Tala*. A esta permuta alude la carta y ya se sabe qué bochornosas experiencias de la escritora en España la hicieron "huir" precipitadamente hacia Lisboa en los mismos días en que se preparaba el estallido de la guerra civil.

La segunda permanencia de Neruda en Madrid —la primera fue su rápido paso por la capital española, en 1927, cuando acompañado de Alvaro Hinojosa, iba hacia Rangún— corresponde a años de rara intensidad. Traducciones, inmersión en la poesía de Quevedo, su propia escritura poética que rematará en 1935 al aparecer los dos volúmenes de *Residencia en la tierra*; la dirección de una importante revista literaria, *Caballo verde para la*

poesía, cuyo último número, dedicado a Julio Herrera y Reissig, aunque concluso, no llegó a ver la luz, tragado, como tantas cosas, por el vórtice de la Guerra Civil.

Capítulo singular de los años madrileños de Neruda es el de sus relaciones estrechas con los poetas de la Generación de 1927, que culmina en dos hechos del máximo relieve: su recital (6 de diciembre, 1934) en la Universidad de Madrid, presentado por Federico García Lorca, y el manifiesto que los poetas del 27 —sus estrictos contemporáneos— firmaron y colocaron al frente del *Homenaje a Pablo Neruda de los poetas españoles. Tres cantos materiales* (abril, 1935). Los nombres parecen suscribir el alcance poético de los tres textos nerudianos, parte de *Residencia en la tierra*, que vería la luz ese mismo año, en la preciosa edición de Cruz y Raya. A los treinta años Neruda se vio reconocido —suerte que no tuvo, por ejemplo, Rubén Darío, en los días de *Cantos de vida y esperanza*, en la misma villa y corte—, colectivamente, por quienes insistieron en “manifestar una vez más y públicamente su admiración por una obra que sin disputa constituye una de las más auténticas realidades de la poesía de lengua española”.

Para concluir quisiéramos destacar —entre varias— dos alusiones de importancia que la carta contiene. Una se refiere a las relaciones de Neruda con Ortega y Gasset, en cuya revista (Neruda deforma el nombre de ésta con picardía, no lo olvidemos, por la consagración que ello involucró, en dos ocasiones Neruda vio publicados poemas de *Residencia* (marzo de 1930 y julio de 1934). La carta alude a esta última publicación. Tal vez un texto anterior de Neruda, fragmento de una carta escrita a Héctor Eandi desde Oriente, en septiembre de 1931, meses antes del regreso a Chile, “explique algunas cosas”: Ortega y Gasset es el enemigo, el vampiro escolástico. Todo lo que es raciocinio y esterilidad en España viene de su “florida prosa”. Y esa postura de “bacán” de la literatura y las artes, de Apolo y Ateña, señor protector, con oficina en el Olimpo. Ese horrible espíritu crítico, y esa astucia para oler los movimientos que va han comenzado en Trans-Europa, y luego con voz “artística” predecirlos en España. . .” ¿Algo ocurriría entre ellos alguna vez? Valdría la pena indagarlo, sin olvidar que el poeta era en extremo memorioso cuando le parecía que alguien había querido herirlo o salirse al paso. . .

La otra mención que merece algún comentario, es la Alberto Rojas Jiménez, ese pobre “ángel lleno de vino”. Hemos de recordar las extensas evocaciones nerudianas, en *Confieso que he vivido*, de los miembros de su propia y diezmada generación. En *Residencia*, dos bellas elegías cifran una forma de dolor: “Ausencia de Joaquín” y “Alberto Rojas Jiménez viene volando”, texto este último en que angustia metafísica, dolor auténtico y desconyutada sintaxis de la desintegración se alían en la producción de una joya de la poesía funeral en cualquier lengua.* Neruda adquirió en forma temprana la noción de que el sujeto poético es el de la vida más riesgosa y alberga como ninguno fragilidad e indefensión ante los poderes de la muerte. Otras veces es el suicida cotidiano —locura, erotismo sin freno, torrencial alcoholismo, bohemia aniquilante— que se aproxima con morbosa imanta-

ción a un final que se diría apetecido. De una generación de suicidas y delicados lunáticos que fue segada de modo implacable (Domingo Gómez Rojas, Aliro Oyarzún, Romeo Murga, Armando Ulloa, Juan Egaña, entre otros), él será el sobreviviente, el sostenedor del canto extinguido, el que prestará voz a las bocas silenciadas. Pero de todos ellos, ninguno brilla con más prestigio en el recuerdo de Neruda que Alberto Rojas Jiménez, de quien dirá en sus memorias:

Libros y muchachas, botellas y barcos, itinerarios y archipiélagos, todo lo conocía y lo utilizaba hasta en sus más pequeños gestos. . . ¡Cuánta alegría y locura y cuánto genio había desparramado por las calles! Era una especie de desenfrenado marinero, infinitamente literario, revelador de pequeñas y decisivas maravillas de la vida corriente. . .

Se explica así que en esta carta Rojas Jiménez sea el verdadero centro y que el poeta insista hasta en los detalles del rito elegíaco que ha de celebrarse en Buenos Aires cuando se lea el poema que lo llora.

La carta es de 1934: días vividos con intensidad, pupila abierta sobre "el océano de cuero" de Castilla desde "la casa de las flores", amistades y amores (ya asoma Delia el dulce rostro) : y en los cuarenta años que le quedaban de vida la tarea de codificar un mundo revuelto y cambiante en una de las aventuras poéticas más iluminadoras de este siglo.

* Véase nuestro artículo "La sintaxis de la desintegración: sobre una elegía de Pablo Neruda". Cuadernos Hispanoamericanos, n. 287, mayo, 1974, páginas 361-380.

Madrid, 19 de septiembre de 1934

Mujer Rubia:

tengo grandes pecados en esto de las cartas. Aprenderás a perdonarlos como has perdonado tanto de mis pecados. En primer lugar, te diré que la vida no me ha dejado escribirle a nadie (tres líneas sobre un asunto comercial a Molinari), pero para ti debía reservar tres páginas, tres capítulos, tres montañas de acontecimientos. Al principio, y planteada de inmediato mi venida a Madrid, estuve semanas en este trajín sin saber si vivía en Barcelona o en Madrid. De todas maneras, me fijé en Madrid, pero vagamente, perdido por completo en la incertidumbre y oscilando entre un paraguas y Gabriela Mistral. Mañana firmamos nuestra permuta: ella se dirige a Barcelona dando grandes saltos y yo permanezco de cónsul en Madrid, llorando a gritos de alegría como un verdadero cientopiés. Estas imágenes me vienen porque anoche, en una gran fiesta nacional, 18 de septiembre, peruanos, cubanos, la argentina Delia del Carril, mexicanos, vinieron a mi casa, en donde bebieron de manera frenética.

No hay escritores, aunque ya es invierno; todos andan de veraneo. Federico, en Granada, desde donde ha mandado unos lindos versos para mi hija. Mi hija, o lo que yo así denomino, es un ser perfectamente ridículo, una especie de punto y coma, una vampiresa de tres kilos. Todo bien (ahora), oh Rubia queridísima, (pero) todo iba muy mal. La chica se moría, no lloraba, no dormía; había que darle con sonda, con cucharita, con inyecciones, y pasábamos las noches enteras, el día entero, la semana, sin dormir, llamando médico, corriendo a las abominables casas de ortopedia, donde venden espantosos biberones, balanzas, vasos medicinales, embudos llenos de grados y reglamentos. Tú puedes imaginarte cuánto he sufrido. La chica, me decían los médicos, se muere, y aquella cosa pequeñilla sufría horriblemente, de una hemorragia que le había salido en el cerebro al nacer. Pero alégrate Rubia Sara porque todo va bien; la chica comenzó a mamar y los médicos me frecuentan menos, y se sonríe y avanza gramos cada día a grandes pasos marciales.

En las tardes, vengan grandes cervezas, vengan montillas y tapas en oscuras tabernas con perfume de vino, acompañado del músico Acario Cotapos, el más genial de los chilenos, hombre sin comparación con el resto del mundo, y sobre el cual te puede ilustrar Amado Villar, quien lo sabe a ciencia cierta. Norah Lange se ha vengado de mí con una presunta cadena; le pagaré de manera sangrienta, echándole un sortilegio submarino.

Rubia de mi corazón: juntarnos con Federico y hablar de ti y tu casa, es un solo acto. Federico te recuerda con el más grande cariño y hay que oírlo vociferar diciendo grandes y buenas cosas de ti, especialmente, y de los amigos, del grupo, en donde me parece estar, como un verdadero fantasma, cada momento, con ustedes; pero no puedo hablar porque estoy muy lejos, y hay un feroz océano entre nosotros, querida y tierna Rubia, amiga ejemplar. He recibido tus cartas, directamente dirigidas al cora-

zón mío, pero con tanta historia e hija, ¿qué podía hacer? Nada, esperar esta mañana y escribirte en una casa que he alquilado, una casa muy moderna, toda de ladrillos, y desde mi ventana se ve la sierra de Castilla, seca, ocre y oro.

¿Qué es de María Luisa? ¿Ese demonio no me escribe? ¿Qué es de Pablo? He leído sus bellos fragmentos en *La Gaceta de Buenos Aires*. ¿Qué es de González Calbalho? ¿Se casó Raúl? ¿Oliverio, ¿cómo anda? ¿Te contaré que he escrito poco. Aquí no hay revistas literarias. *La Revista de Occipucio*, que es muy científica; *Cruz y Raya*, que es muy católica. La gente literaria, muy desunida. Federico no frecuenta sino la casa de Morla. Alberti tiene una linda casa y somos muy amigos, pero ahora está en Moscú, porque es muy comunista: una gran persona.

Te diré que se me ha muerto mi amigo el poeta Alberto Rojas Jiménez; Oliverio lo conoció. Era un ángel lleno de vino; un acompañante ideal para mí y Norah y Amado. Cuando murió me morí de pena; lloraba mucho con ataques de pena y no sabía que hacer, porque si hubiera muerto aquí habría estado con él y por lo menos me hubiera consolado. Entonces me fui en Barcelona a una gran catedral de marineros, la Basílica de Santa María del Mar, inmensa, oscura, llena de piedra y de pequeños barcos votivos y de huracanes barrocos. Pero como no sabía rezar fui a buscar a un amigo católico, que rezó en cada uno de los innumerables altares; en la oscuridad sólo ardían los cirios de un metro que compré para un amigo, en el altar mayor, y yo de rodillas, me sentí contento. Entonces escribí una poesía que se llama "Alberto Rojas Jiménez viene volando", y que te mando aparte en una revista que la ha publicado. Es un himno fúnebre, solemne, y si lo lees en tu casa, ha de hacerlo Amado Villar, con voz acongojada, porque de otra manera no estaría bien.

Te diré que el libro grandote va a reeditarlo Cruz y Raya; dentro de un mes estará listo y te lo mandaré, aunque ya lo conoces, pero lo tendrás para ti. Otras cosas literarias no conozco; no he visitado a nadie, ni a Ramón. Este está muy olvidado por los jóvenes, y acaba de publicar en el último número de *Cruz y Raya* un maravilloso estudio sobre lo cursi. Yo, que soy muy cursi, estoy muy contento.

Como ves, la vida literaria, que yo adoro, sabiamente alternada con copetines nacionales, no me ha tomado por completo, a causa del verano, en que la gente se va a todas partes.

Adios, querida amiga. Abraza a Pablo y a cada uno de los amigos y amigas y recibe un formidable abrazo, con muchos besos míos.

Pablo

Mira, Rubia, como Tor ha publicado *Veinte Poemas*, te ruego me mandes, si hay, críticas.